





# ¿QUE ES EL MANÁ?

«Yo soy el Pan de vida. Vuestros padres comieron del maná y murieron...» (Jn 6,48)

Estas palabras dijo Jesús ante la multitud expectante de Cafarnaüm, y tuvieron la eficacia y la fuerza de una evocación luminosa. Por la mente de los hebreos comenzaron a desfilarse los versículos del salmo 77, que es largo y solemne como una caravana por los desiertos del Sinaí. Es el salmo del Exodo, de la peregrinación milagrosa, cuarenta veces secular, en busca de las tierras de promisión.

Se quejaban. Les dolía aquel sol de justicia que caía terrible sobre sus espaldas cansadas, como un látigo de fuego, aquel océano de infinita sequedad, aquella vida... Se quejaban y murmuraban de sus jefes que les habían llevado a aquella situación de angustia, y añoraban, precisamente ellos, los favorecidos con tantos signos del cielo, las ollas bien repletas de carne que engullían a la sombra geométrica de las mastabas. Los monumentos funerarios levantados a costa de su propio esfuerzo.

El autor del salmo 77, que pertenece a la insigne familia de cantores religiosos cuyo iniciador es Asaf, cantor el más preclaro del tiempo de David, recuerda al pueblo ingrato los múltiples y singulares beneficios que ha recibido de la mano de Yahveh, no tanto para

reprender su dureza cuanto para exhortarle a la confianza. Porque este es un salmo de misericordia como nos dice uno de sus mejores comentadores (1).

En el vértice de tan larga poesía —72 versos en la vulgata— entre el prodigio del agua que salta de la peña rumorosa y aquel otro de las codornices, coloca el hagiógrafo la lluvia del maná prodigioso, al que llama San Jerónimo “trigo del cielo”.

Con tres pares de versos que guardan entre sí cada uno un perfecto paralelismo, nos describe el cantor asáfico el milagroso acontecimiento:

*Pero mandó a las nubes arriba  
y abrió las puertas del cielo,  
Y llovió sobre ellos maná para comer  
y dióles pan del cielo,  
Pan de fuertes comió el hombre,  
envióles comida hasta la hartura.*

(Ps 77, 23-25)

## Excelencias del maná (2)

Que se trata de un don de arriba, de un verdadero milagro y no de un mero producto natural, estará claro para

quienes sepan leer la Escritura con los ojos limpios de prejuicios. Los versos aducidos se pueden confrontar con el lugar paralelo del Exodo donde se narra el suceso con singular dramatismo. (Ex. 16, 15 ss.).

Todos los esfuerzos realizados para dar a este alimento una explicación naturalista, se han hecho ridículos por insuficientes, y lo único que han logrado es poner más de relieve la magnitud del milagro. Es verdad que el tamarisco, arbusto que crece especialmente en el Sinaí y lugares circunvecinos, segrega una sustancia comestible en forma de granos blanquecinos que ruedan hasta el suelo y se deshacen con los rayos del sol (3), pero su parecido con el maná es tan superficial, como observan Schuster y Holzammer (4), que sólo se le puede llamar así por vía de comparación.

En primer lugar, por lo escasamente que se produce el maná natural. En toda la península del Sinaí apenas se pueden recoger en un año de 250 a 300 kilos de sustancia segregada por el ta-

ray o tamarisco. Ahora bien, los israelitas ascendían a muchos millares y debía recoger cada uno un gomor, o sea, un equivalente aproximado de dos kilos (5), menos los sábados en que debían proveerse del doble (Ex 16, 22). Podríamos pues ante esta multitud hambrienta y desconfiada, adelantar la frase que andando los siglos diría Jesús a sus Apóstoles, en el desierto de Betsaida: "¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?" (Jn 6' 5). No era sino llamar la atención entre la inmensa desproporción existente entre aquella multitud desfallecida y la insuficiencia de los medios humanos. Pero las dos multitudes —la del Sinaí y la de Betsaida— comieron hasta saciarse (Ps 77, 25-Jn 6,12) y conocieron la largueza de Dios manifestada en sus dones.

Si con la producción mezquina de esas plantas quisiéramos explicar la sustentación de pueblo tan numeroso y durante tantos años, nos veríamos obligados a admitir un milagro mucho mayor que el que se esfuerzan por rechazar los racionalistas.

El origen aparentemente celeste de este pan (6), se confirma con las expresiones que usa de continuo el autor sagrado: "*Mandó a las nubes arriba*", "*llovió maná sobre ellos*"... Con las primeras luces del alba aparecía depositado sobre la tierra de la misma forma que el rocío, y por lo mismo su origen fué tenido, conforme a la apariencia sensible como aéreo o celeste, es decir, formado en la región superior de la atmósfera.

Por esto y por sus excelentes cualidades, que Cornelio A Lapide se complace en enumerar, como la suavidad de su sabor (Sap 16, 20) y la de adap-

(1) KNABENBAUER, *Commentarius in Psalmos*. (Parisiis 1912), pág. 290.

(2) Todavía es incierto el verdadero significado de esta palabra:

Vatable (famoso hebraísta francés del siglo XVI) traduce *man* en hebreo (en Arameo *manna*) por *don*; Oleaster (teólogo católico portugués del siglo XVI que perteneció a la Orden de los Hermanos Predicadores) lo deriva de la raíz *mana* = numerar, y dice que el nombre alude a su abundancia. La interpretación vulgar de *man*—*hu*=qué es esto?, que debió de ser la exclamación espontánea de los judíos al encontrarse con esa escarcha bienhechora, no es admitida por Zorell quien explica el vocablo de esta manera: Los israelitas habían visto ya en los templos o en el mercado el maná natural, y por eso al encontrarse en el desierto con una cosa muy semejante al que ya conocían, exclamaron *man*—*hu*= esto es maná. Según esta interpretación la palabra maná es anterior al milagro, y sólo aplicada a éste por analogía. (N. T. Lexicon Graecum (Parisiis 1911) 341.

(3) KOLB, *Das Manna... der Natur und ter* 1892) 2.

(4) Historia Bíblica, I (Barcelona 1943)

297.

(5) Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible*, III (1903), 273.

(6) Se toma la palabra *pan* en el sentido genérico de alimento, por ser el principal medio de alimentación. Cfr. Bauer, *Griechisch-Deutsches Wörterbuch zum N. T.*, (Berlín 1925) 201.

tarse a la exigencia de cada paladar (7), fué llamado "pan de los príncipes y de los fuertes", como quieren Eusebio (8) y San Jerónimo, o "pan de los ángeles" como lo traduce la versión alejandrina (9) y hallamos en muchos códices (10). El llamarlo *angélico* se puede entender o por el hecho de que haya sido fabricado por un ángel para beneficio del hombre, o quizás, porque los espíritus celestes, como ejército de Dios, (Ps. 102, 20) eran los encargados de distribuirlo al pueblo. Algo semejante a lo que ocurriría sobre las peñas de otro desierto, cuando acudieran los ángeles a servir al divino vencedor de las tentaciones (Mt 4, 11). Pero sea cual fuere la interpretación que adoptemos, el sentido de la frase es el mismo: el maná tiene un origen aparentemente *celestial*, es *excelentísimo*, como hecho por ministerio de ángeles, y desciende sobre la tierra con la conmovedora *abundancia* de las lluvias que el Padre hace descender sobre justos y pecadores (Mt 5, 45).

#### La realidad y su sombra

Nos encontramos ante uno de los casos más claros de sentido típico o prefigurativo, puesto que en el mismo Evangelio encontramos la clave (11).

(7) Comm. in Sacram Scripturam, I (Parisii 1866) 581.

(8) Eusebio, Comm. in Ps 77-PG 23, 918.

(9) La versión alejandrina o de los Setenta era la versión griega del A. T. que se suponía hecha por el mismo número de intérpretes en Alejandría bajo el reinado de Tolomeo Filadelfo (250-100 a. X.) y fué la corriente para aquellos judíos que no estaban familiarizados con la lengua hebrea.

(10) Más nos atenemos al primer sentido pues la palabra usada «abbirim» significa siempre en el A. T. varones fuertes o héroes (Iud 5, 22; Ier 46, 15; Ps 75, 6) y nunca ángeles; y también, por el peligro que había en la segunda interpretación de que creyera el pueblo que los ángeles necesitaban de alimento sensible, Cfr. Fco. X. Porporato, Verbum Domini IX (1929) 80.

(11) Toda frase de la Escritura tiene *sentido literal*, que es el que arrojan sus palabras, sea que se tomen en su significación propia, sea que estén usadas translaticiamamente o sea

Los grandes misterios de la vida cristiana han tenido su prehistoria o etapa de anunciación, su promesa solemne y su realización en el tiempo; y éste que nos ocupa, el de la Sagrada Eucaristía, también había de seguir los pasos providencialmente trazados por la divina pedagogía.

Lo del maná fué sólo una figura, como la sombra larga que se proyecta ante nuestros ojos y que nos permite calcular las dimensiones del objeto iluminado que se aproxima.

Volvamos otra vez al principio de nuestra exposición, a la sinagoga de Cafarnaum donde los judíos, impresionados por la multiplicación de los panes, y desconcertados por la súbita desaparición del que creían su Caudillo tanto tiempo esperado, le piden pruebas para cree en El.

*“¿Qué milagros haces Tú para que lo veamos y Te creamos? Nuestros padres comieron el maná en el desierto...”* (Jn 6, 30-31).

La multiplicación de los panes que acaban de contemplar es un milagro típicamente mesiánico que exigía como complemento la proclamación del Rey de Israel. Era una de las maravillas que esperaban todos. El judaísmo anhelaba un segundo milagro del maná escatológico (12). En el Apocalipsis de Baruc se dice: *“Y en aquel tiempo descenderá de nuevo de lo alto el tesoro del maná, y comerán de él esos años...”* (30, 8); y el Midras Qohelet: *“Como fué el primer redentor, así será el último; como aquél hizo descender el ma-*

como imágenes de dicción. Algunos pasajes bíblicos tienen además de este sentido, otro que se llama *típico* y se da cuando las personas, cosas o sucesos del texto bíblico, denominados *tipos*, están destinados por una positiva ordenación divina a prefigurar o presignificar otras personas, cosas o sucesos posteriores de la economía de la salvación (antitipos). Así Cristo es el antitipo de Adán (Rom 5, 14), el bautismo lo es del arca de salvación (1 Pedr 3, 21).

(12) KITTEL, *Theologisches Wörterbuch* z. N. T. (Stugart 1944-4) 476.

*ná, así lo hará el posterior...*" (46, 4 ap. Lightfoot) (13).

Pero como tantas veces en el Evangelio, los sueños hebraicos de un mesianismo terrestre se estrellan ante la firmeza y sublimidad de la doctrina de Cristo. Grande fué el milagro de Betsaida pero todavía está en la zona crepuscular de las figuras y es necesario remontarse de una vez a la zona más clara y luminosa de la verdad.

Jesús acepta la señal que le piden —un maná milagroso para todo el pueblo, pero empieza por purificar su concepto de toda escoria de ambición terrena, para dejarlo en toda su pura y grandiosa realidad. Es el momento de la promesa del gran don (14). La expone en un bellissimo discurso que es juntamente con el de la Cena el más importante del Cuarto Evangelio (15). Descubre el objeto con mucho tiento, y a medida que el pensamiento se perfila se estrecha el círculo de los oyentes ansiosos. Jesús procede con discreción pero también con entereza, hasta que llana y sencillamente expone el misterio del *verdadero Pan del cielo*, del cual el de moisés era solamente una sombra anunciadora de la realidad.

*"Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron..."* (Jn 6, 48-9).

Los rumores crecen y se encrespan por las cabezas de la multitud como

(13) *Apocalipsis de Baruc*, libro apócrifo de principios del siglo segundo.

*Midras* quiere decir comentario rabínico del texto de la Sagrada Escritura. El *Midras Qohelet* sobre el *Eclesiastés*, probablemente anterior al sig. IX, es el libro número nueve de los diez de que se compone dicho comentario. Cfr. E. Székely, *Bibliotheca Apocrypha*, I (Friburgo 1913) 21 y Strack-Billerbeck, *Kommentar zum N. T. aus Talmud und Midrasch*, München 1922-28.

(14) No parece que se pueda dudar de que en el cap. VI de San Juan se contenga la promesa de la Eucaristía. Véase a este propósito J. Tapia, «El sentido eucarístico del capítulo sexto de San Juan en los teólogos postridentinos», *Archivo Teológico Granadino*, 6 (1943) 5-120; J. Leal, «La unidad eucarística del capítulo sexto del Evangelio de San Juan según el Cardenal Toledo» id. 155-190.

esas tormentas inesperadas que agitan la superficie del Tiberiades. Para unos, decepción; para muchos, incompresión y ceguera ante tan alta y hermosa luz, y aun quieren tomar a broma la sublime promesa de Jesucristo.

“¿Cómo nos puede éste dar a comer su carne...?” (6, 53). No hay cosa más repugnante para los judíos que el comer la carne de sus semejantes. Pienzan en una verdadera antropofagia, que les está totalmente prohibida (16). Pero Jesús no retrocede, sino que se reafirma en su posición y añade todavía:

“Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros”  
(Jn 6, 54).

Estas palabras excitan aún más la irritabilidad de aquellos espíritus fariseicos, para los que el beber la sangre es todavía más abominable que el comer la carne de un hombre. Pero no solamente proclama el Maestro su posibilidad, sino aún su absoluta necesidad con una doble frase, negativa y afirmativa, al estilo oriental: “el que no come no vivirá; el que come vivirá” (6,54-55).

Bastan las palabras citadas del capítulo que comentamos de San Juan, para darnos cuenta de que las prerrogativas del maná han sido no solamente superadas, pero mejor diríamos que plenamente realizadas en el regalo de la Eucaristía.

De San Ambrosio es este bellissimo paralelo: “Aquel maná provenía del cielo, éste está sobre los cielos; aquel era del cielo, pero éste del Señor de los cielos; aquél estaba sujeto a corrupción, si se guardaba de un día para otro, éste inmune de toda corrupción. Si admiras a aquél que era la sombra, cuánto más a éste del cual era la sombra. Pues mejor es la luz que la sombra, la verdad que la figura, el cuerpo del Crea-

(15) J. COPPENS, *Encharistie Supplément au Dictionnaire de la Bible II* (Paris, 1943) 1189

(16) J. LEAL, «Nuestra Fe en la Eucaristía» (Cádiz, 1943) 87.

dor que el maná de los cielos" (17). De aquí los maravillosos efectos que este manjar tiene que producir en los que dignamente lo reciben. El maná se daba solamente para sostener la vida del cuerpo; la Eucaristía para la de nuestra alma, depositando a un tiempo en ese mismo cuerpo un germen de inmortalidad, de tal manera que, si no lo hace imposible el pecado, sea un día principio de resurrección gloriosa. Y esto de dos maneras, como explica Maldonado (18): Primero, porque al darnos la gracia nos da como una fianza, o mejor, una coacción de la vida bienaventurada (19); y segundo, porque al estar el cuerpo de Cristo unido hipostáticamente a la divinidad posee una vida divina e infinita, y esa vida suya se comunica al que íntimamente se pone en su contacto por la comunión. Así nos hacemos, usando una frase de San Cirilo de Jerusalén, *concorpóreos y consanguíneos de Cristo* (20).

(17) De *Mysteriis* 8, 84, 48. 49. PL 16, 40.

(18) *Comm. in Ioh.* c. VI n. 86. 87 Cfr. también Franzelin *De Euch. Th.* XIX.

(19) Entre los efectos de la gracia que comunica el Sacramento está el que conozcamos como Dios conoce, amemos y gocemos como El ama y goza, en lo cual consiste esencialmente la vida bienaventurada. Por tanto la diferencia entre estado de gracia y el estado de gloria es meramente accidental. Este está contenido en aquél como una planta en su semilla. Cfr. J. Bujanda, *Manual de Teología Dogmática* (Madrid 1949) 326.

Por lo demás, para ver con cuánta más abundancia se nos da este maná eucarístico que el mosaico, bastaría contemplar todos los sagrarios extendidos como una constelación de trémulas lucecitas sobre la faz de la tierra, o recorrer tantas congregaciones, Ordenes y centros piadosos consagrados al culto de este Sacramento, o mejor aún, sacar las estadísticas, si posible fuera, de los millones de fieles que diariamente se fortalecen con el pan de la inmortalidad.

Aquel maná, por último, se dió sólo a los favorecidos de Yahveh y por algunos años; pero éste —delicias de los ángeles— se da siempre a todos en admirable abundancia. Es "la carne que se entrega por la vida del mundo" (Jn 6, 52).

Y así como el maná cesó en cuanto los isrealitas franquearon los umbrales de la tierra prometida y probaron sus frutos de bendición (Jos 4, 12), así también este *Pan de vida*—trigo del cielo— cesará cuando puedan los justos contemplar cara a cara el rostro de Aquel que aquí recibieron bajo los velos del Sacramento. Se cumplirá entonces la promesa dulce del Apocalipsis:

"Al que venciere, yo le daré un maná escondido..." (2, 17).

(20) *Catech.* 22 *myst.* 4, n. 4 PG. 33. 1098.

